

85: La Luz Más Allá - La Carrera Perfecta

- 85: La Luz Más Allá - La Carrera Perfecta

85: La Luz Más Allá - La Carrera Perfecta

Había una vez, Ryan y Jasmine se habían reunido en un taller para planear la creación de una armadura capaz de destruir la sede de Dynamis.

Esa promesa ahora se había cumplido.

“Llevas debajo de los brazos dos cuchillas ocultas y en las quantillas turrets láser,” explicó Vulcan, mientras ayudaba a Ryan a ponerse la armadura de energía. Darkling se deslizó en el fondo, esperando que comenzara el experimento. “Dado que planeas forzar tu entrada en la sede, añadí un lanzador de cañón nuclear en el pecho.”

“¿El Chernobyl?” preguntó Ryan con entusiasmo, mientras su compañero de genio reforzaba las articulaciones de la armadura con un destornillador.

“Exacto. Si la explosión no los mata, el cáncer lo hará,” replicó Vulcan con una sonrisa, mientras agarraba el casco de la armadura. “¿Qué?”

Ya había oído todo eso antes. “Quiero lanzagranadas también.”

“No,” dijo inmediatamente ella.

“Vamos...,” protestó Ryan.

“No, suenas como un niño, y no hay espacio suficiente para más armas. Además, la explosión podría lanzarte hacia atrás si no estás anclado al suelo.”

“Tendré eso en cuenta,” respondió Ryan, ya imaginando maneras de aprovechar esa función. “¿Vulcan?”

“Sí, ese es mi nombre,” contestó Vulcan.

“¿Por qué esas orejas de conejo?” preguntó Ryan, señalando con un dedo blindado el casco.

Usando un diseño mejorado en varias iteraciones, la armadura de energía de Vulcan era una maravilla tecnológica. Un exoesqueleto de aleación ligera y flexible que se adaptaba a la forma de Ryan como una segunda piel. Su brillante color púrpura hacía imposible ignorarla, justo como le gustaba a Ryan. Sus servos aumentaban la fuerza del portador, pero la armadura permanecía lo suficientemente ligera para no limitar su movilidad. Una mochila reforzada contenía una versión en miniatura de la Cronoradio, con cerebro artificial incluido, que debía permitirle transferir mentes a

través del tiempo. Lamentablemente, incluso trabajando con Alchemo, Shortie aún no había encontrado una forma de trasladar a más de una persona.

Sin embargo, la parte más peculiar de la armadura era, sin duda, el casco. Dos largas antenas surgían de él, y junto con las lentes naranjas, hacían que pareciera la cabeza de un conejo robótico. Ryan sabía que tenía un tema de liebre, pero esto era demasiado. Demasiado.

“Las antenas facilitan tu conexión con la dimensión de la cual extraes la Flux Violeta,” explicó Vulcan con un encogimiento de hombros, colocándose el casco en la cabeza de Ryan. “El cerebro artificial de la armadura recopilará datos para ayudarte a comprender mejor tu poder.”

Ryan miró alrededor, a la sala que contenía el pequeño colisionador de partículas del búnker. Un frío helado llenaba esa cámara cónica, cuyas paredes estaban cubiertas de filamentos biomecánicos en forma de telaraña. Un líquido plateado fluía por ellos, y vibraban como las venas de un ser vivo; solo una puerta blindada permitía la entrada a esa instalación.

La tecnología de Mechron había trascendido la carne y el metal para volverse algo superior a ambos.

Este era el lugar donde la IA del búnker había convocado a Darkling en una ocasión. Tal vez el Alquimista tuviera una sala similar en la Antártida, utilizada para traer a los Elixires al reino de los hombres. Ryan realmente necesitaba dedicar un ciclo a localizar y visitar esa base nevada.

Tenía la sensación de que allí encontraría muchas respuestas.

Los datos aparecieron en la lente del casco después de que el mensajero se lo colocara, recordándole aquella fatídica visita al Mundo Púrpura. Sin embargo, su armadura actual era un nivel por encima del prototipo. Incluía tecnología de diversos Genios y componentes que solo podrían ser reproducidos con el replicador de materia de Mechron.

Ryan tendría que volver a conquistar el búnker para hacer un nuevo traje. Algo más fácil de decir que de hacer.

—Ahora debemos encontrarle un nombre, —dijo el mensajero—. Ryan estuvo a punto de autodenominarse Maestro de Peluches, pero eso quizás enfadaría a sus señores de orejas largas. —¿El Rabbinator?—

—Ese nombre apesta.—

—¿Conejo Blanco?—

—No es blanco, y eres pésimo eligiendo nombres —dijo Vulcan, colocándose las manos en las caderas mientras ideaba uno. —¿Qué te parece... la Armadura de Saturno?—

—¿Crees que los Augusti tenían exclusividad sobre los nombres de los dioses romanos?—

—Soy un olímpico, imbecil, y yo digo Saturno. Tal vez incluso puedas darle una paliza a Augusto con ese nombre. ¿No sería genial?—

—¿Sabes que Júpiter derrotó a Saturno, verdad? —Pero Ryan solía repetir las batallas perdidas hasta conseguir ganarlas. —¿Qué tal Chronos en su lugar?—

—Esta armadura es mi tesoro, así que la nombro yo. La llamo Saturno —dijo ella, dando un golpe en la nuca de Ryan—. Entonces, ¿probarás el acelerador de partículas y después será hora de saquear?—

—Sí.— Livia había vuelto con su padre, en parte para asegurarse de que no se involucrara, y en su mayoría para guardar los mapas cerebrales en un lugar seguro. Ryan no podía permitirse ponerla en primera línea, ya que necesitaba que permaneciera viva para transferir su mente a través del tiempo.

Len cuidaba de los niños, usaba sumergibles para enviarlos lejos antes de que las cosas se complicaran demasiado. Alchemo había hecho una copia de la mente de su hija, aunque no le explicó por qué, y ahora luchaba por hacer lo mismo con Sarin. El Genio especulaba que sus recuerdos estaban codificados en su estructura molecular en lugar de en neuronas, y por eso hizo una grabación de ello; Ryan necesitaba encontrar una solución especializada para la biología única de Sarin.

—¿Quieres venir? —preguntó Ryan a Vulcan, casi con entusiasmo.

—Claro que sí —contestó ella con una sonrisa—. Aunque la perra los dejó, aún tengo cuentas pendientes con las corporaciones.

—Es hora... —la voz inquietante de Darkling hizo que Vulcan girara rápidamente la cabeza en su dirección—. Abre... la puerta...—

—Maldita sea, nunca me acostumbraré —dijo el Genio, examinando el Elixir Negro—. Me encantaría estudiarte en profundidad.

—He sido... estudiado... mucho más de lo que puedes imaginar... —respondió el shoggoth, con un deje de frustración en su tono—. Si recuerda todos los bucles de Ryan, seguramente pasó años atrapado en una botella. Quizá incluso décadas. —He esperado... lo suficiente—.

—Entonces, guardaré los datos —dijo Vulcan con una expresión indiferente—, antes de salir por la puerta de explosión, dejando al shoggoth solo con el mensajero.

—¿Estás... listo? —preguntó el Elixir Negro a Ryan.

—Claro, pero no entiendo por qué necesito que estés en la sala —dijo el mensajero—. La puerta funcionó perfectamente sin mí cuando las máquinas de Mechron te atraparon en nuestra dimensión.

—Necesitaré... tu ayuda... para estabilizar... —parecía luchar por encontrar las palabras correctas en el idioma humano—. Estás conectado... con el Mundo Púrpura... en la encrucijada de todo el espacio y el tiempo... incluso otros mundos...—

Ryan miró sus manos blindadas. —¿Todo el espacio y tiempo, eh?—

—La distancia... el pasado y el futuro... son ilusiones. Todo está conectado.—

Tan enigmáticamente útil. La voz de Vulcan resonó en el acelerador de partículas. —¿Listo para quebrantar las leyes de la física?— preguntó.

—Hagámoslas llorar —respondió Ryan.

Vulcan empezó el acelerador de partículas, el fluido plateado pulsando con electricidad. Las paredes giraron a su alrededor, más y más rápido, hasta comenzar a difuminarse. La gravedad se volvió más ligera, los pies del mensajero lentamente levantándose del suelo.

Los rayos de colores atravesaban el fluido plateado, deslazándose por toda la habitación. Los relámpagos rebotaban en la armadura de Ryan o impactaban sobre la superficie viscosa de Darkling. La electricidad cambiaba de coloración en un patrón extraño, pasando del rojo al naranja, del amarillo al verde, del azul al violeta.

Flujo.

El relámpago se tornó en un blanco cegador por un instante breve, y luego se volvió negro como la noche más profunda. En lugar de expandirse en todas direcciones, los rayos se concentraron en un punto único en el centro de la habitación, formando una esfera. Un punto oscuro, del tamaño de un pulgar, un agujero negro en el mismo tejido de la realidad.

“Demasiado pequeño...” Los numerosos ojos de Darkling se centraron en la esfera con esperanza y temor. “Ábrelo...”

“¿Cómo hago eso?” preguntó Ryan, teniendo dificultades para oír al gigante babeante sobre el estrépito del trueno.

“Eres la llave... abre la puerta.”

Ryan miró la esfera y, movido por una curiosidad científica, la tomó en sus palmas. Sus dedos temblaban al hacerlo, una fuerza invisible recorriendo sus carne y huesos.

Cuando sus manos blindadas tocaron la esfera, su cuerpo entero tembló, el Elixir en sus venas reaccionando a aquel poder ancestral. Sus pulgares hundieron en el agujero negro, cuya superficie se movía como agua. Ryan sintió un frío intenso, primal, dentro de este portal en miniatura.

El mensajero activó su poder, y el tiempo se ralentizó hasta parecer detenerse. Su armadura continuaba proporcionando datos, incluso cuando el universo se tornaba en púrpura y partículas violetas flotaban a su alrededor. Rayos negros cruzaban el acelerador de partículas, colisionando

con las partículas de Flujo Violeta.

La estructura del universo se desgarró bajo la tensión del poder de Ryan, y su agarre sobre el portal se fortaleció. El mensajero extendió los brazos, y la puerta se ensanchó. La esfera creció lentamente desde el tamaño de una pelota de tenis hasta alcanzar el tamaño de un balón de fútbol.

Ryan sintió la presencia de una figura al borde de su visión, el Flujo Violeta tomando la forma de un espectro humano que corría hacia él. Aunque parecía avanzar hacia el mensajero, lo hacía lentamente, apenas unos centímetros por segundo. Cuanto más se acercaba, más nítidas se volvían sus facciones; Ryan notó un sombrero de mago, el contorno de una chaqueta.

Esto soy yo, comprendió Ryan. Su otro yo en el Mundo Púrpura, convergiendo hacia su línea temporal. Siempre intentando alcanzar el presente. La armadura amplificaba su poder lo suficiente como para observar en detalle su funcionamiento.

Si el espectro alcanzaba a Ryan, crearían un nuevo punto de guardado.

“El momento es ahora...” dijo Darkling, con una voz cargada de una emoción demasiado humana: esperanza. “Hazlo... hazlo ahora.”

Y con un último empuje, Ryan abrió la puerta al Mundo Negro.

El portal se transformó en un disco de dos metros de diámetro, una fisura en el propio espacio-tiempo. Corrientes de luz coloreadas formaban un halo en su borde, como el horizonte de eventos de un agujero negro; una puerta a un mundo de oscuridad infinita.

Ryan miró fijamente en ese abismo durante segundos que parecieron extenderse eternamente. Las energías del portal interferían con su poder, impidiendo que su otro yo alcanzara su posición. El tiempo mismo se volvió inestable, y el mensajero sintió miedo. El Mundo Negro existía más allá del tiempo, más allá de la razón.

Sin embargo... lo atraía como la polilla a la llama.

Ryan recordaba cómo Geist y Bacchus habían vislumbrado dimensiones superiores, y anhelaba volver a contactarlas; del mismo modo que Mechron se obsesionaba con crear un portal hacia la fuente de su poder, según los archivos de la bodega aislada. El mensajero nunca entendió por qué, hasta ese momento.

Un poder divino residía en cada dimensión coloreada, invitando a los humanos a acercarse.

“Sígueme,” dijo.

Ryan miró a Darkling, que ansiosamente se deslizó hacia el portal. La anomalía temporal no le afectaba en absoluto. “¿A dónde?”

“Hacia el otro lado,” respondió la forma de la Elixir, que cambió y flotó en el aire líquido, dejando tras de sí un montón de huesos humanos corroídos. “El Black Ultimate One liberará tu espíritu... de esta envoltura de carne. Tu mente ya no estará atada... por tu gravedad y moléculas. Te mostraré lugares... lugares que ni siquiera puedes imaginar. Serás libre... de los tormentos de la causalidad.”

Ryan miró al fantasma púrpura, que se acercaba cada vez más. “Dejaré a todos atrás si hago eso.”

“Pero en el Mundo Negro... nada está prohibido. Podrías volver a verla.”

¿Jazmín?

Una persona que pudo haber existido, pero nunca fue real. Una imposibilidad que desafía todas las leyes del tiempo y del espacio. Una mujer que solo podría existir en un lugar imposible.

“No,” se dijo Ryan a sí mismo. Tenía esperanza por primera vez en siglos y necesitaba salvar a Nueva Roma de la destrucción. Había hecho demasiadas promesas que no podía romper. “No, no puedo...”

Su voz salió del portal.

“Alguna vez fui un héroe.”

La cabeza de Ryan se volvió bruscamente hacia el abismo y la oscuridad impenetrable más allá. La voz habló con otra tonalidad, el eco de alguien que ya no estaba.

“Dios nos puso en la Tierra por una razón,” llamaba desde el otro lado una voz masculina. “Un día, comprenderás que la roca no es tu enemiga. Es tu aliada.”

“¿Simon?” preguntó Ryan, recordando una conversación fatídica de siglos atrás...

No, no era Simon. Solo era un eco provocado por el Mundo Negro, una tentación para atraerlo hacia allí.

Y, sin embargo... y aun así, esta dimensión existía más allá del tiempo y del espacio. ¿Podría quedar algo más que un eco del otro lado? ¿Un vestigio de iteraciones canceladas?

“Todo lo que has borrado...” susurró Darkling. “Puedes hacerlo volver a existir... un paradoja.”

“¿No puedes llevarme también en el viaje?” La voz de Felix. “Cuando hagas retroceder el tiempo, Ryan, olvidaré eso. Me enfadaré y me amarga otra vez por ella. Su muerte no significará nada.”

Ryan podría devolverlos a todos si cruzara el umbral. Quizá encontraría un Len con quien las cosas salieron bien, o algunos de los innumerables hombres y mujeres que dejó atrás. Personas a quienes amó y odiaba, conoció y recordó. Amigos y seres queridos que solo existen ahora en sus memorias.

El abismo tentaba al mensajero con una dulzura irresistible. Algo en el otro lado lo llamaba, le suplicaba dejar atrás esa dolorosa realidad por una mejor. Una donde ya no sufriera, y donde su maldición pudiera finalmente terminar.

Pero...

Los ojos del mensajero se desplazaron hacia el fantasma de su pasado, que lo alcanzaba. Pensó en todas las promesas que había hecho, en todas las personas que confiaron en él. Había menos que los miles de millones que borró, pero estaban vivos. No podía abandonarlos, aunque fuera por una oportunidad de felicidad.

Tanto Darkling como el púrpura lo arrastraban en direcciones opuestas, y Ryan no podía decidirse.

Así que el abismo habló de nuevo, hundiendo sus garras en la mente del mensajero.

“Incluso si desaparezco... prométeme que no me olvidarás.”

El mensajero siguió a Darkling hacia el Mundo Negro.

La calidez de la dimensión terrestre desapareció, siendo reemplazada por un frío absoluto y estremecedor. Sin embargo, resultaba extrañamente reconfortante.

El Mundo Negro era más oscuro que el abismo más profundo, y sin embargo Ryan podía percibir movimientos en su interior. Ecuaciones vivientes que adquirirían un semblante propio; un uroboros devorando su propia cola, sin agotarse jamás en masa; realidades paridas muertas, que ni el tiempo ni la profundidad lograban dominar.

Este reino arcano poseía un corazón palpitante, una gran oscuridad de tamaño inconmensurable. Un agujero negro que hacía al del centro de la Vía Láctea parecer una mota de polvo. Una entidad cuya mera atención podría borrarlo de la existencia, si no contuviera conscientemente su impulso.

El ÚLTIMO Negro.

Había enviado las voces para comunicarse con Ryan, de la misma manera que un humano intentaría imitar el lenguaje de una hormiga. La entidad había escuchado el deseo del mensajero y lo concedería a su manera.

La forma de Darkling cambió, de un slime a... algo más. Algo que le producía dolor de cabeza solo con mirarlo. Una esfera con extremos triangulares y ojos recursivos, alas prismáticas y geometrías imposibles. Una entidad que no podía existir en la realidad de la Tierra, y que ahora podía recuperar su verdadera forma.

Este lugar también cambió a Ryan. Sus manos parecían parpadear, desaparecer y reaparecer, transformándose en oscuridad arcana en un instante y volviendo a la normalidad en el siguiente.

El mensajero era una criatura de leyes físicas, de moléculas y órganos. Este espacio no seguía lógica alguna, ni reglas que lo restringieran. La armadura de Saturno mantenía su forma por ahora,

una cáscara que protegía su esencia, pero la negrura la consumiría. Ryan perdería su forma física, olvidaría el concepto mismo de una figura y ascendería a algo más allá del ser humano.

Algo libre.

“No te vayas, Ryan.”

La voz era la propia del mensajero.

Ryan miró hacia atrás; el portal no era más que una estrella solitaria rodeada por el vacío oscuro del espacio. Una figura de luz violeta se había detenido, en lugar de correr, y esperaba al otro lado como un niño abandonado.

“No puedo seguir más allá de esta puerta,” suplicó el fantasma morado con la propia voz de Ryan. “Si cierras la puerta... nos separaremos para siempre.”

“Eres mi elixir,” comprendió Ryan, su voz resonando a su alrededor. “Mi punto de salvación.”

“Soy tu otra mitad. El poder que duerme en tu interior.” El espectro extendió una mano hacia Ryan, pero no podía cruzar el portal. “Si asciendes, ya no serás humano. Te convertirás en un habitante de este reino negro, y no volverás.”

“No quiero volver,” Laurent hizo una breve pausa, una capa de hielo formándose en su armadura por el frío. Darkling aguardaba a su lado, silencioso como una lápida. “Ya he regresado demasiadas veces.”

“Lo sé,” dijo el fantasma con arrepentimiento. “Y lo lamento. Cuando nos unimos, miré muy dentro de ti. Intenté entender lo que deseabas, para cumplir tu mayor anhelo.”

“¿Entonces por qué me diste este poder? ¿Por qué sigues reviviéndome, incluso cuando muero de viejo?”

“Porque pensé que este poder te haría feliz, Ryan. Eso desean todos los Elixires para sus humanos. Ayudar. Aunque a veces, no se nos da muy bien. Tú eres tan diferente de nosotros...”

“¡Si quieres que sea feliz, entonces deja de traerme de vuelta una y otra vez!” gritó Ryan, descargando siglos de amarga desesperación. “¡Déjame descansar!”

El espectro hizo una pausa, su voz cargada de tristeza genuina. “No puedo, Ryan. No puedo impedirte volver. No puedo deshacer el deseo que hiciste cuando nos unimos, ni cambiar sus parámetros.”

“Entonces sabrás por qué debo partir.” El aliento de Ryan se convirtió en hielo, la oscuridad le drenaba su calor. El Último Negro le indicó que cerrara el portal y abandonara la Tierra para siempre. “Simplemente... duele. Incluso ahora... incluso ahora, dejaré atrás a muchas personas. Con toda esta tecnología y ayuda... apagaré incontables vidas.”

Incluso con su poder divino, Ryan no pudo salvar a todos.

—La muerte... la muerte no existe en el Mundo Púrpura, por eso fascina al conejo. Es inocente como un niño, como yo lo fui una vez —dijo el fantasma, extendiendo su mano, todavía con la esperanza de que su compañero regresara. Regresara al dolor de la inmortalidad. —Los humanos mueren, pero siguen adelante, incluso sin tu poder. Tú querías regresar al pasado, cambiar el presente. Esa fue la petición que hiciste.

El portal parecía vacilar, la conexión se debilitaba.

—Pero ahora puedes seguir adelante —argumentó la aparición—. Puedes dejar atrás el pasado y mirar hacia el futuro. Crear nuevos recuerdos, momentos más felices. Envejecer, tener hijos. Encontrar paz.

Ryan suspiró. —Ya siento que soy viejo.

—Pero ya no envejecerás solo —insistió el Elixir—. Nunca has estado solo, Ryan. Siempre he estado contigo, aunque no puedas oírme. Cada vez que tropezaste, yo te ayudé a levantarte. Cuando ingresaste al Mundo Púrpura, fui yo quien suplicó al Supremo que te ayudara. Porque me importas.

Importar.

Otros se preocuparon por él. Len luchó a su lado incontables veces, incluso después de todo lo que Ryan le costó. Livia confió en él, así como él apostó por ella. Había hecho amistad con Félix, Fortuna, Jamie, y tantos otros. Sarin y otros locos habían puesto sus esperanzas en él, de todos.

Si Ryan abandonaba la Tierra, la condenaba. La dejaría en manos del Plushie, de Bloodstream y de Augusto para que la devastaran. Abandonaría a Len a su sufrimiento, a Livia a permanecer con su padre, a Félix a enfrentar su destino y a la Nueva Roma a arder.

Pero si volviera...

—No volveré a verlos —murmuró Ryan con el corazón pesado—. Todas las personas que dejé atrás. Si puedo reconstituir su esencia en este lugar, tal vez pueda traerles a través del portal...

—Si usas el Negro para traer de vuelta a los muertos, sufrirán. Como tu amiga, serán paradojas en un universo que no está adaptado para ellos. Una existencia de pura agonía —dijo el espectro, sacudiendo la cabeza, mientras el portal se reducía lentamente. —Deja que los muertos descansen, Ryan. Tu lugar está con los vivos.

Ryan miró a Darkling y al colosal agujero negro. Ninguno se interpuso para detenerlo, y ningún eco del pasado lo tentó más.

La decisión era suya.

Él...

—...

No podía quedarse.

Su Elixir tenía razón, no pertenecía a los muertos. Su lugar era con Len, Livia y todas las personas que confiaron en él. Aunque doliera... aunque doliera, Ryan debía dejar atrás el pasado.

—Lo siento, Darkling —dijo Ryan, mientras se volvía hacia el amigable shoggoth—. No puedo quedarme aquí.

—Lo entiendo —respondió la entidad, con una voz extraña pero comprensible.

—¿No estás enojado?

—El Negro es una paradoja... la libertad de todas las leyes... la capacidad de decir no a todo. Incluso a sí mismo —la horrorífica criatura hizo una breve pausa—. Cuando estés satisfecho con lo que lograste y desees terminar con todo... te esperaré aquí.

—Gracias —dijo Ryan, asintiendo con la cabeza hacia la criatura—. Adiós, Darkling.

—Adiós... mi amigo.

Ryan dio un paso, y aunque no había suelo en el que caminar, cruzó la distancia en un instante con el portal. El propio Mundo Negro se dobló a su voluntad, concediéndole su deseo.

El mensajero cruzó la puerta antes de que se cerrara, regresando al acelerador de partículas. “Bienvenido a casa”, dijo su yo alterno.

El mensajero canceló su poder antes de que él y su otro yo pudieran tocarse, antes de que se formara un nuevo punto de guardado. El tiempo se reanudó de inmediato, y el portal se desvaneció en la nada. Las partículas violetas desaparecieron, y el mensajero permaneció solo en el acelerador de partículas; el único testigo de aquel extraño contacto con lo allá.

“¿Funcionó?”, resonó la voz de Vulcano en la habitación.

En respuesta, Ryan activó su poder y congeló el tiempo. El mundo se tornó violeta, y el espectro violeta volvió a aparecer en el borde de su visión.

“¿Puedes hablar?”, preguntó el mensajero.

Sin respuesta. El espectro continuó moviéndose en dirección a su doble, pero sin emitir sonido alguno. Quizá la comunicación directa solo fue posible por la interferencia del Mundo Negro. Ryan extendió una mano blindada hacia su doble como para alcanzarlo, y de inmediato quedó congelado.

Partículas negras flotaban de su cuerpo, junto a las violetas.